

► NUESTRAS MEMORIAS Y OTRAS HISTORIAS ◀

INOPORTUNIDAD. No estuvo excesivamente acertado el arzobispo don Francisco Fabián y Fuero al proponer sustituir a las maestras de una escuela por cuatro

monjas francesas en un momento de grandes odios hacia los naturales de aquel país que el nuevo Capitán General del Reino trató de controlar como pudo. Pero la

llegada de seiscientos religiosos franceses que se refugiaron en Valencia huyendo de la Revolución complicó las relaciones entre el arzobispo y el militar.

El prelado terco y el general furioso

JOSE LUIS TORMO

Don Francisco Fabián y Fuero, un setentón nacido en un pueblo de Guadalajara en 1719, había llegado hacia veinte años al arzobispado de Valencia, procedente del de la ciudad de Puebla, en Méjico, tras propuesta en ese sentido del rey don Carlos III al Papa Clemente XIV. Durante todo ese período, por lo general tranquilo, sus actividades se habían centrado, al margen de las propias de su cargo, en el fomento de técnicas agrícolas desconocidas para los labradores valencianos que incluían nuevos cultivos procedentes de América que él mismo se ocupó de dar a conocer. Era un hombre muy culto, al que la experiencia americana había otorgado un cierto lustre cosmopolita, conocedor de las nuevas corrientes filosóficas que se esparcían por toda Europa tras la Revolución Francesa de 1789, de carácter resolutivo pero dialogante que nada más llegar a tierras valencianas fue acogido por sus feligreses y por las autoridades civiles del momento, con una curiosidad respetuosa, pero vigilante.

Concluía el año de 1793. El furor anti-francés de los últimos meses, a lo largo de los cuales la escasez en las cosechas había provocado sangrientos disturbios entre grandes segmentos de la población huertana que veía en los acaudalados comerciantes franceses un objetivo ideal para sus iras, no cesaba por más medidas que fueran tomándose contra tan influyente colectivo a fin de calmar los encendidos ánimos de las masas. Pero a la vez, para asombro e indignación de las gentes, mientras el rey ordenaba la expulsión de todos los franceses del territorio valenciano, el arzobispo don Francisco Fabián y Fuero, que había acogido en su diócesis a más de seiscientos religiosos que procedentes de Francia huían de los excesos de la Revolución, actuaba exactamente en sentido contrario. La colisión entre la autoridad militar y la religiosa era más que previsible. Al llegar la primavera de aquel 1793 fue promovido al cargo de Capitán General del Reino don Vicente María de Vera de Aragón y Ladrón de Guevara, duque de la Roca, que llegaba a su nuevo destino dispuesto a poner paz en el ambiente como fuera. Con el arzobispo o contra él.

La antipatía mutua entre ambas personalidades fue evidente desde el primer momento. Cada uno suponía las intenciones del otro y no hubo lugar al menor atisbo de encuentro amistoso entre ambos. Por otra parte, el nuevo Capitán General ya había solicitado el arzobispado de Valencia para su sobrino, el prelado mallorquín don Antonio Despuig, a la sazón obispo de Orihuela, circunstancia ya conocida por don Francisco y de la que optó por aparentar hacer caso omiso. Cuando en Abril de ese mismo año el Capitán General hacía efectiva la orden real de expulsión de los franceses vecinos del Reino de Valencia, los religiosos de esa nacionalidad acogidos



El arzobispo don Francisco Fabián y Fuero.

por el arzobispo quedaban exentos, ciertamente, pero a cambio se les ordenaba refugiarse -detenidos en la práctica-, en diversos conventos de la capital.

Lejos de amilanarse, el arzobispo Fabián y Fuero decidió combatir con un espectacular golpe de efecto. En la prestigiosa «Casa Enseñanza para Educandos» que don Andrés Mayoral, su antecesor en la práctica, había fundado varias décadas antes para instrucción de niñas, las preceptoras siempre habían sido valencianas y de ello se enorgullecía la institución. Al conocer el arzobispo que gran parte de su cabildo, el valenciano fundamentalmente, se decantaba por el Capitán General desafiando -implícitamente su autoridad, decidió poner al frente de la Casa Enseñanza a cuatro monjas ursulinas francesas refugiadas en

Valencia con el presunto fin de «elevar el nivel de los estudios que se impartían».

La explosión en los acontecimientos no se hizo esperar. El 13 de enero de 1794, el Capitán General decretaba la expulsión definitiva de todos los franceses, incluidos los eclesiásticos y con ellos las cuatro monjas ursulinas, para lo cual se les ofrecía un plazo máximo de ocho días. En pleno contraataque, el arzobispo no sólo se negó al cumplimiento de orden tan expeditiva sino que, más bien al contrario, esperó diez días para transmitir a las maestras de la Casa Enseñanza la orden de desalojar las instalaciones escolares con el fin de que fueran ocupadas inmediatamente por las cuatro religiosas francesas.

No hubo el menor incidente en el interior de las escuelas. A las

maestras se les aseguró el total de sus salarios «mientras viviesen» y ninguna de ellas manifestó el menor atisbo de protesta. En la calle, sin embargo, todo fue distinto. Al mediodía de aquel 23 de Enero de 1794, conocida la situación, varias decenas de personas se congregaron frente al edificio de la Casa Enseñanza lanzando gritos e insultos contra las atemorizadas religiosas que no sabían a quién pedir protección ya que a todos los efectos su permanencia en tierras valencianas era ilegal y sólo el Capitán General, duque de la Roca, el autor de la orden de su expulsión, podía protegerlas de la furia de las masas. El militar, que era el auténtico incitador del alboroto, tras disponer en el lugar un escaso cuerpo de guardia, se inhibió de la suerte de las ursulinas porque donde verdaderamente se estaban produciendo algaridas serias era frente al Palacio Arzobispal en cuyo interior se había hecho fuerte su titular don Francisco Fabián y Fuero.

El duque de la Roca envió al lugar un nutrido destacamento que al mando del gobernador de la ciudad disolvió a los revoltosos en pocos minutos, al tiempo que cercaba la sede episcopal a fin de evitar la posible huida del arzobispo sobre el cual ya pesaba una orden de detención. Tranquilizados los ánimos, penetró el gobernador en el Palacio Arzobispal para informar a don Francisco sobre su delicada situación pero el arzobispo, sumamente nervioso, no quiso aceptar explicación alguna y manifestó claramente que sólo Su Majestad el Rey podía actuar contra él de aquella manera. Tras varios incidentes violentos, el arzobispo se encerró en su habitación y dio vuelta a la llave. Eran las once de la noche.

Cuentan las crónicas del momento que el Capitán General hizo que se presentaran cuatro cerrajeros para que, abiertas las estancias del arzobispo, la guardia pudiera apresarle sin miramientos y conducirlo a la cárcel a la espera de otras instrucciones. Pero nadie pudo localizar al prelado. La tropa presente, sin embargo, no perdió el tiempo y dedicó aquella fatídica noche del 23 al 24 de Enero de 1794 a la rapiña de todo cuanto de valor pudo encontrar en el interior del Palacio Arzobispal además de -según se asegura-, participar en una gran orgía en el interior de las dependencias episcopales con la presencia de varias mujeres que acudieron al lugar con ese fin.

El resto de la historia es la huida necesaria pero vergonzosa de don Francisco Fabián y Fuero que acompañado de su obispo auxiliar don Melchor Serrano, escapó la mañana siguiente del Palacio Arzobispal a través del paso que comunicaba sus dependencias con la Catedral para, de ahí y tras innumerables aventuras, alcanzar el exilio en tierras aragonesas en las que, finalmente, murió.

PERSONAJES CON NOMBRE DE CALLE

Eduardo Boscá

J.L.T.

El de don Eduardo Boscá Casanoves es el ejemplo que da la razón a quienes sostienen que las personas que se pasan la vida estudiando viven más que las que no. Tomad nota, queridos niños, haraganes que perdéis el tiempo con tonterías. Si estudiáis mucho, viviréis mucho y hasta es posible que pongan vuestro nombre a una calle, como le pasó a este señor que también un día fue niño. Un día y poco más. Nació en Valencia en 1843 y debutó en el campo de los estudios en las aulas del Colegio de San Pablo, o sea, el actual Instituto «Luis Vives», lo más de lo más en la época. Visto y novisto, Eduardo concluye su bachillerato y sin solución de continuidad estudia Medicina y la acaba; estudia la carrera de Ciencias en Madrid y la acaba y como tal parece que le faltaba alguna cosa, estudia la de Veterinaria y también la acaba. Y se casa. Tuvo tiempo para todo, incluso para tener hijos: Antimo se llamó el primero y Segundo se llamó el siguiente.

La carrera que menos le interesó de, cuantas había estudiado fue la medicina, acaso la que le hubiera resultado más rentable pero no fue nunca el dinero (o su acumulación) objeto que preocupara especialmente a don Eduardo. De hecho -y salvando sus actividades como responsable del Jardín Botánico de Valencia y catedrático de Veterinaria y de Ciencias-, lo que más le ocupó fue el estudio pormenorizado de los hongos y de los reptiles, sin contar la excepcional y documentadísima colección de piezas de flora y fauna -fundamentalmente de las valencianas-, que estuvo recopilando a lo largo de toda su vida y que fue objeto de un reconocimiento público durante la Exposición Regional de 1909.

Tuvo una vejez sumamente fecunda ya que jubilado de todo menos de sus aficiones se dedicó a viajar por todo el mundo, a escribir sus experiencias y a dejar un magnífico legado científico. Con el trabajo cumplido y con sus hijos ya doctores, uno en medicina y el otro en Ciencias, falleció don Eduardo Boscá a finales de mayo de 1928.